

Ricardo Viel

La revolución amable

Símbolos y testimonios del 25 de abril en Portugal

TRADUCCIÓN DE SUSANA GIL LLINÁS



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

*La revolución amable.
Símbolos y testimonios del 25 de Abril en Portugal*

Primera edición: abril de 2024

© Ricardo Viel, 2024.

© de la traducción del texto, Susana Gil Llinás

© Imagen portada: La Umbría y La Solana

Imágenes interior:

© Alfredo Cunha

© FMSMB / Archivo Carlos Gil

Edición © La Umbría y la Solana, 2024

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela

Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-126248-9-2

Depósito legal: M-11041-2024

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright,

la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Por lo visto es posible declararse hombre.

Por lo visto es posible decir no.

*De una vez y en la calle, de una vez, por todos
y por todas las veces en que no pudimos.*

Importa por lo visto el hecho de estar vivo.

*Importa por lo visto que hasta la injusta fuerza
necesite, suponga nuestras vidas, esos actos mínimos
a diario cumplidos en la calle por todos.*

Y será preciso no olvidar la lección:

*saber, a cada instante, que en el gesto que hacemos
hay un arma escondida, saber que estamos vivos
aún. Y que la vida
todavía es posible, por lo visto.*

JAIME GIL DE BIEDMA

€

Algo que se aprende, tratando de reconstruir un suceso a base de testimonios, es, justamente, que todas las historias son cuentos, que están hechas de verdades y mentiras.

MARIO VARGAS LLOSA

ÍNDICE

SOBRE ESTE LIBRO	13
PREÁMBULO	19
I – EL GOLPE QUE SE CONVIRTIÓ EN REVOLUCIÓN	21
II - SÍMBOLOS, GESTOS E IMÁGENES DE LA REVOLUCIÓN	43
III – DECLARACIONES Y ENTREVISTAS	69
JOSÉ ALVES COSTA (BALASAR, 1951), EL CABO QUE SE NE-	
GÓ A DISPARAR	69
JORGE DA SILVA HORTA (LISBOA, 1951), UN FOTÓGRAFO	
AMATEUR EN LA REVOLUCIÓN	78
ENTREVISTAS	82
CARLOS BEATO: «Y TENEMOS AL PUEBLO, MI CAPITÁN»	82
ADELINO GOMES: NARRAR LA REVOLUCIÓN CON UN MI-	
CRÓFONO PRESTADO	92
IRENE PIMENTEL: UN PAÍS EN BLANCO Y NEGRO	100
FERNANDO ROSAS: «LA SOCIEDAD PORTUGUESA ERA UNA	
OLLA A PRESIÓN»	107
JOAQUIM FURTADO: LA VOZ DE LA REVOLUCIÓN	118
EPÍLOGO	125
OBRAS CONSULTADAS	127
AGRACIEMENTOS	131

SOBRE ESTE LIBRO

Durante el obligado confinamiento provocado por la pandemia del Covid-19, cuando estábamos encerrados en casa esperando una solución que pudiese devolvernos a la «vida normal», conseguí un salvoconducto que me permitía moverme por Lisboa más allá de mi zona. Era una carta firmada por mi jefe y dirigida a las autoridades competentes, que debía mostrar a la policía en el caso de que me parasen por la calle. En ella se decía que el trabajo que desempeñaba no podía realizarse de forma *online*. Era verdad. En aquellos primeros meses del 2020 estaba trabajando en un libro para el que necesitaba tener acceso a los archivos de la Fundación José Saramago. Durante meses hice a pie el camino de casa al trabajo, ida y vuelta, por una Lisboa fantasmal. En mi paseo diario de poco más de una hora me cruzaba con pocos coches y con apenas algunos peatones. En alguna ocasión, recorría la Rua do Arsenal desierta y cruzaba la Praça do Comércio alarmantemente vacía. Con frecuencia, ante aquel paisaje apocalíptico, pensaba en la Revolución de los claveles. Recordaba las imágenes y los relatos del 25 de abril de 1974 y me imaginaba a las tropas rebeldes cercando aquella plaza (entonces símbolo del imperio portugués); y, si cerra-

ba los ojos, en mitad de aquel silencio y vacío que era la ciudad confinada, podía ver los tanques y a los soldados contra y a favor del régimen posicionados unos frente a otros. Uno de esos días que pasé por allí, me fijé en unas frases escritas en el suelo que decían:

25 ABRIL 1974
RUA DO ARSENAL

Enfrentamiento entre fuerzas de la Escuela Práctica de Caballería y las del Regimiento de Caballería nº 7, fiel al régimen.

En la esquina derecha de la piedra rectangular que contenía la inscripción había un código QR. Lo cogí con la cámara de mi móvil y me dirigió a una página web en la que leí: «El día 25 de abril de 1974, se produjeron en este lugar varias acciones resultado del enfrentamiento entre las fuerzas sublevadas de la Escuela Práctica de Caballería y las fuerzas que apoyaban al régimen, del Regimiento de Caballería nº 7. En este enfrentamiento fue donde destacó el teniente Alfredo Assunção, al intentar negociar con las fuerzas opositoras, manteniéndose tranquilo incluso después de haber sido agredido por un oficial de las fuerzas del régimen. Los acontecimientos tuvieron lugar entre las siete y las diez y media de la mañana». En aquel lugar, medio siglo antes, una mañana de primavera, se decidió el destino del país. Los militares que querían acabar con la dictadura (Escuela Práctica de Caballería) y aquellos que le eran leales (Regimiento de Caballería nº 7) estaban en posición de combate. Algunas centenas, quizás un millar de personas fueron testigos de la coreografía del enfrentamiento que, al final, no llegó a producirse. Las fuerzas leales al régimen se negaron a en-

frentarse a compañeros de uniforme; el gobierno se vio sin capacidad de defensa y el pueblo comprendió que la opresión que duraba décadas finalmente había llegado a su fin.

Oí a decenas de personas contar que el 25 de abril había sido el mejor día de su vida, que jamás habían sentido una alegría parecida, que había sido algo inolvidable e irrepetible. Aunque no pude vivir aquel acontecimiento, quería ser capaz de imaginarlo, reconstruirlo, recrearlo. Este libro nace de ese deseo megalómano.

Cuando ya iba bastante adelantado en la escritura de este volumen, una periodista brasileña que acababa de enterarse del proyecto me preguntó: «¿Por qué la Revolución de los claveles?». No nos conocíamos, me puse un poco a la defensiva por la vehemencia con la que me lanzó aquella pregunta, y dudé al responder. «Bueno, no sé. Estoy obsesionado con esa historia; hace más de diez años que...» Ella me interrumpió y, con una gran sonrisa, me dijo: «Entonces vale; eres la persona adecuada para contar esa historia». No sé si soy la persona adecuada, pero sí sé que la historia de la revolución portuguesa me fascina y la persigo desde hace años. Desde que llegué a vivir a Lisboa, hace más de una década, ando recogiendo datos de ese acontecimiento. En 2012, recién desembarcado en Portugal, fui a llamar a la puerta de la Asociación 25 de abril, institución a la que pertenecen gran parte de los militares que acabaron con la dictadura. Me presenté como periodista, pedí una entrevista con el presidente de la entidad y me invitaron a comer con algunos de los «Capitanes de abril». En un determinado momento, uno de ellos me empezó a contar cuando «hizo la guerra» en Guinea. Hablaba con gran entusiasmo de lo valientes que habían sido los rebeldes, de lo inhóspito que era aquel sitio, de las dificultades por las que había pasado. Me contó cuando fue herido en el brazo –se subió la manga

de la camisa para enseñarme la cicatriz – y que no sabía cómo había podido tomar tierra el helicóptero (el copiloto fue atravesado por una bala y murió antes de que la aeronave llegase al suelo). Narró con detalles la angustia de la espera para el rescate, la lenta y sufrida recuperación y las secuelas con las que se había quedado. También describió momentos amenos, citó nombres de lugares y personas, y decía todo aquello con ternura y añoranza. Entonces me arriesgué a preguntar: «¿Pero entonces, usted echa de menos aquella época?» Y él me respondió: «No echo de menos la guerra, ni matar a personas, ni tener miedo a morir. Lo que echo de menos es tener 26 años, me echo de menos a mí».

En la introducción de *La guerra no tiene rostro de mujer*, la periodista bielorrusa Svetlana Alexijevich cuenta la experiencia de escuchar a mujeres rusas hablar sobre la guerra. Cuenta que, después de muchas conversaciones y de conquistar su confianza, llega el «anhelado momento» en el que la persona que está dando el testimonio se aparta de lo que es la historia oficial, del monumento rígido e inmutable construido sobre aquel acontecimiento, y va al encuentro de sí misma, busca algo dentro de su interior. «Empieza a acordarse no de la guerra, sino de su juventud. De una parte de su vida... Es necesario captar ese momento», escribe la Premio Nobel de Literatura. En ese, como en otros libros suyos, el desafío es construir la Historia – u otra versión de ella – a partir de «humildes» testimonios de «simples» participantes, anónimos, que vivieron e intervinieron en aquel evento. «No escribo sobre la guerra, sino sobre el ser humano en la guerra. No escribo la historia de la guerra, sino la historia de los sentimientos (...) Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia. Uno posee media página; otro dos o tres. Juntos escribimos el libro del tiempo».

Un 24 de abril, hace un par de años, fui a una asociación a celebrar el cumpleaños de una amiga. En una gran sala del edificio había un grupo de algunas decenas de hombres y mujeres, todos alrededor de los setenta años. Hablaban alto, reían y se divertían. Sobre la mesa, en los bolsillos de las camisas, en las manos y en las bolsas que había por allí se veían claveles rojos. Mi interés por la historia de la revolución me hizo acercarme a ellos y preguntarles sobre la relación que tenían con el 25 de abril. Me contaron que en 1974 vivían en la misma residencia de estudiantes, que eran amigos desde hacía cuarenta y tantos años y que se reunían siempre, en la víspera del aniversario de la revolución, para estar juntos. Cada uno guardaba consigo un pedacito de aquella historia, cada uno recordaba cómo supo que había una revolución en la calle, lo que vio, a dónde fue, con quién estaba. Esas personas no solo lo vivieron, también *hicieron* el 25 de abril de 1974.

Lo que he intentado hacer al escribir este libro es unir un poco de esos pedazos de historia que he ido recogiendo –no de la Historia con mayúscula, sino de la «historia del sentimiento», como dice la periodista bielorrusa– a lo largo de los años. «Me interesa no solamente la realidad que nos rodea, sino también la que está en nuestro interior. Lo que más me interesa no es el suceso en sí, sino el suceso de los sentimientos. Digamos el alma de los sucesos. Para mí, los sentimientos son la realidad».

Intentar llegar hasta el alma de los acontecimientos de la revolución portuguesa, ser capaz de tocar, sentir y transmitir ese latido. Cerrar los ojos, como hacia yo en la Praça do Comércio, y ver cómo hombres y mujeres, uniformados y vestidos de civil, tumbaron una dictadura. Esa era mi desmedida ambición al empezar esta obra: ser capaz de ver y contar el sentimiento del día en el que Portugal conquistó la libertad.

El libro está dividido en tres partes. La primera busca reconstruir –desde la señal que se hizo para que comenzara la operación hasta la capitulación del régimen– el día que Portugal acabó con una dictadura de casi medio siglo. Cuenta, también, cómo en el transcurso del proceso, aquello que comenzó siendo un golpe militar se convirtió en una revolución popular. La segunda parte trata sobre dos héroes, uno conocido y el otro, hasta hace poco, anónimo, del día 25 de abril de 1974, así como los símbolos, gestos e imágenes de ese acontecimiento histórico. El último apartado está dedicado a los testimonios de personas que participaron, contaron, vieron y estudiaron la revolución. No veo en este orden una jerarquía; muy al contrario, intuyo que el corazón de este libro está en las palabras de quien vivió, vio y narró el 25 de abril.



PREÁMBULO

El día 25 de abril de 1974, un grupo de militares portugueses, comandados por capitanes del ejército, acabó con la dictadura que gobernaba el país desde hacía casi medio siglo.¹ En acciones coordinadas desde varios puntos del territorio, pero sobre todo en la capital, Lisboa, el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), como se denominaba a los insurrectos, tomó por la fuerza aeropuertos, cuarteles, fronteras, emisoras de radio y televisión, y detuvo a los principales agentes del régimen. En las horas centrales del día y con el apoyo de la población, que desobedeció las órdenes del propio Movimiento y salió a la calle, los sublevados rodearon el cuartel donde se había refugiado Marcelo Caetano, el presidente del Consejo de Ministros (equivalente al puesto de primer Ministro). Tras las negociaciones, el líder del régimen se rindió.

1. El día 28 de mayo de 1926, un golpe militar puso fin al periodo conocido como la Primera República en Portugal e inaugura una dictadura militar en el país. Con la aprobación de una Constitución, en 1933, Portugal entró en un nuevo periodo conocido como Estado Novo o Salazarismo, un régimen de cariz fascista que perduró incluso tras la muerte del dictador, António de Oliveira Salazar, en 1970, y que solo acabó con la Revolución de los Claveles.

En las primeras horas del día 26, una Junta de Salvación Nacional mandada por el MFA y presidida por el general António de Spínola, presenta a la población las primeras medidas a ser tomadas, basadas en un programa elaborado por el Movimiento. Entre ellas aparecen el fin de la censura y de la temida policía política, amnistía para los presos políticos, cambio en la cúpula de las Fuerzas Armadas y revisión de la política en lo que se refería a las colonias africanas que luchaban con el país por conseguir la independencia. El programa del MFA termina incitando a los portugueses, «independientemente de la posición social que ocupen en la sociedad», a participar en la vida pública y a trabajar para que sea posible solucionar «graves problemas nacionales», con el fin de lograr «la armonía, el progreso y la justicia social que Portugal merece».

Justo un año después del inicio de la revolución, el 25 de abril de 1975, se realizan las primeras elecciones libres con sufragio universal de la historia de Portugal. Ese día se eligió a los 250 representantes de la Asamblea Constituyente, a la que se encomendó la elaboración de una nueva Carta Magna. Más del 91% de los portugueses con derecho a voto comparecieron a las urnas en aquella jornada electoral.

I – EL GOLPE QUE SE CONVIRTIÓ EN REVOLUCIÓN

La historiadora Irene Pimentel usa una metáfora potente para describir Portugal antes de la revolución: era un país en blanco y negro. Un lugar triste, pobre, desigual, opresor, en el que era difícil soñar con un futuro mejor. Como en aquellos vídeos históricos que muestran la primera retransmisión televisiva en color, de repente, casi por arte de magia, Portugal pasó del blanco y negro al color. Gabriel García Márquez fue uno de los muchos periodistas, artistas, intelectuales y militantes políticos que, en los meses posteriores al 25 de abril de 1974, viajaron a Portugal para conocer el país que había conquistado la libertad y que mostraba al mundo que era posible acabar con una dictadura sin derramar sangre. «Lisboa es una de las ciudades más bellas del mundo y, hasta hace un año, era también una de las más tristes, a causa de una extraña dictadura medieval que duró casi medio siglo y cuya fuerza estaba basada en una policía política implacable», escribió el colombiano en uno de los reportajes que publicó sobre el asunto. «Es un país de pobres que se enfrenta a obstáculos terribles y a una presión tremenda. Debido a su situación geográfica, está obligado a sentarse con los

zapatos rotos y el abrigo remendado a la mesa de los más ricos y sofisticados del mundo», añadió el futuro Premio Nobel de Literatura.

El último día del país en blanco y negro, Irene aún era Rita,² nombre en clave que tenía en el movimiento clandestino al que pertenecía, y estuvo parte de la madrugada pegando, en muros y postes, carteles y mensajes contra la dictadura y su guerra contra las colonias que buscaban la independencia. El periodista Joaquim Furtado pasó aquella última noche en la fiesta de cumpleaños de una sobrina, y el tema, aunque hablado en voz baja para que los vecinos no lo oyesean, fue la situación política. ¿Hasta cuándo iba a aguantar el régimen? ¿Hasta cuándo iba a aguantar la gente?

En el Portugal sin color de Irene, que entonces tenía 21 años, un tercio de la población era analfabeta y solo un 1,4% completaba la enseñanza superior. Más de la mitad de las casas no tenían agua corriente (en el 42% de los hogares no había retrete y en el 71% no había bañera ni ducha) y más de un tercio de la población vivía sin luz eléctrica. Había cerca de 30.000 presos políticos y entre 7.000 y 10.000 libros censurados. Solo en Lisboa, había más de 18.000 chabolas en las que vivían 90.000 personas (más del 10% de la población). Eran los «barrios de latas» o, simplemente, chabolas.

Bien entrada la madrugada, la camarada Rita ya había terminado la misión que se le había encomendado y, al volver a casa, como acostumbraba, pasó por la calle Sampaio e Pina, donde se encontraban los estudios del Radio Club Portugués. No notó nada especial, pero allí dentro, además del periodista Joaquim Furtado y un par de trabajadores más, había ocho militares del Batallón de Caçadores 5, de Lisboa, que habían tomado la radio alrededor de las tres de la madrugada con el objetivo de utilizar sus micrófonos. Lla-

2. Ver entrevista en la parte final de este volumen.

maron al timbre, inmovilizaron al vigilante y anunciaron la ocupación de la emisora en nombre de un hasta entonces desconocido Movimiento de las Fuerzas Armadas, el MFA. A continuación, telefonearon al cuartel general de los sublevados, en el cuartel de Pontinha, para informarles de que ellos, el «Grupo de Comando nº 10», habían «conquistado México sin incidentes» –cada objetivo a conseguir en la operación recibió un nombre, y el del Radio Club era México. «Ok. Mantengan emisión normal. Preparen lectura primer comunicado hora prevista», respondieron del puesto de mando del Movimiento. Y así se hizo. Joaquim Furtado había llegado a los estudios cerca de la una, después de una reunión familiar. Estaba de guardia y tenía que dar las noticias –las que el régimen permitía que se dieran– a cada hora. Estaba en una sala, preparando lo que iba a leer en el noticario de las cuatro, cuando le asaltó un tipo uniformado, con un arma entre las manos, que le informó de que la radio había sido tomada por un tal Movimiento de las Fuerzas Armadas. Furtado quiso saber de qué lado estaban los sublevados, y se sintió aliviado cuando oyó hablar de democracia, fin de la guerra y la censura. Más tarde, se le invitó a leer el primer comunicado del MFA y aceptó el encargo, convirtiéndose en «la voz de la revolución».³

El reloj del estudio marcaba las cuatro y 26 minutos cuando Furtado acercó la boca al micrófono y leyó las primeras líneas del documento, que decía: «Aquí puesto de mando del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas Portuguesas apelan a todos los habitantes de la ciudad de Lisboa para que permanezcan en sus casas, donde deben esperar con la máxima calma». La lectura se hace pausada, firme y clara. Después de un breve silencio tras la palabra calma, el periodista continúa: «Esperamos sincera-

3. Ver entrevista en la parte final de este volumen.